

**“LA NAVE DE LOS LOCOS” DE SEBASTIÁN BRANT: UN
VIAJE DE LA HUMANIDAD HACIA LA LOCURA.**

Por Josefina Araos Bralic*

* Josefina Araos Bralic es Licenciada en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Contacto: jaraos1@uc.cl

“La nave de los locos” de Sebastián Brant: un viaje de la humanidad hacia la locura. Este es el título del resultado de una investigación del curso monográfico de la profesora Ximena Illanes realizado el semestre pasado. La pregunta que guió mi trabajo surgió a la luz de la lectura de Michel Foucault en su *Historia de la Locura*¹. En el primer tomo de esta obra, Foucault aborda el análisis del lugar que tuvo la locura en el periodo tardomedieval, en que esta adquiere una relevancia y función social especiales: el loco, en su ambigüedad, revela una verdad que nadie más se atreve a proclamar, es portador de una interpretación valiosa del mundo porque está situado en un lugar límite, en un umbral donde puede observar más allá de lo que ve el común de los hombres. Según Foucault, los locos en la Edad Media no se encierran, sino que circulan por tierra y por mar, como vagabundos o peregrinos, y es la misma sociedad la que les entrega esa condición itinerante, pues pareciera que reconoce en ellos la necesidad del hombre de encaminarse hacia la búsqueda de sentido. La imagen del loco itinerante de Foucault es tomada de la fuente medieval *“La nave de los locos”* de Sebastián Brant². Esta imagen literaria, inspirada en el ciclo de los Argonautas, toma fuerza en la mitología medieval, pero no sólo a nivel

¹ Michel Foucault, *Historia de la locura en la Época Clásica* (tomo I). México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1986.

² Sebastián Brant, *La nave de los necios*. Madrid, Ediciones Akal, 1998.

ficticio sino también real, pues aún hoy no ha podido determinarse con exactitud si los barcos transportadores de insensatos eran o no pura fantasía.

Mi trabajo consistió por tanto en el intento de establecer un diálogo con la tesis de Foucault, tomando la misma fuente utilizada por él para plantear mi hipótesis, que consiste en la identificación de que la locura y el viaje aparecen en una relación analógica que, al parecer, sólo tiene sentido en el horizonte semántico de la Baja Edad Media europea. En un barco que navega por el océano hacia Narragonia van como tripulantes un conjunto de locos que encarnan las distintas faltas y pecados, y que según Brant, serían imagen de la sociedad de su época. Esa condición de viaje, más allá de si fue una realidad o no, le da a esos locos un sentido especial. No bastó con representar en forma estática la locura, sino que fue necesario ubicarla en un espacio móvil, en una especie de búsqueda permanente, como el *homo viator*. Por lo demás, intuimos que un texto que gozó de tan amplia recepción y acogida como el de Brant, necesariamente tiene que entregarnos elementos que nos permitan concluir acerca de las valoraciones de lo que ahí aparece. Así, desde esa itinerancia de la locura, quisimos abordarla en “La nave de los locos”, para esbozar una inicial comprensión de ella en el escenario de la Europa tardomedieval.

La primera parte del trabajo consistió en una revisión bibliográfica con el objetivo de contextualizar el lugar de la locura en el periodo tardomedieval³. Por los límites de la exposición, sólo enunciaré los resultados obtenidos en esta revisión, para que a partir de ello podamos avocarnos al análisis de la nave de Brant. Siguiendo a Emilio Mitre, el primer elemento que hay que tener en cuenta para entender el significado de la locura en la Edad Media es su *polisemia*, que muestra no sólo la complejidad del concepto sino también su potencialidad para definir distintas realidades. Ello afirma un lugar, si no importante, al menos original de la locura en la Baja Edad Media. En este periodo la locura era leída desde una clave religiosa, que podía derivar en dos interpretaciones opuestas. La primera, la asocia al pecado, a una *falta de juicio* que impedía reconocer a Dios⁴. La segunda, surge a partir de la figura de Cristo, “una forma de sabiduría que hace de Cristo una suerte de

³ Los dos autores principales que aquí seguimos son: Jacques Heers, *Carnavales y fiestas de locos*. Barcelona, Ediciones Península, 1988; y Emilio Mitre, *Fantasmas de la sociedad medieval: Enfermedad. Peste. Muerte*. Valladolid, Editorial Universidad de Valladolid, 2004.

⁴ Emilio Mitre, *Op.Cit.*, p. 73.

loco-sabio”, dice Mitre⁵. Se evidencia con esto la ambigüedad del concepto, que remite a un tiempo a algo positivo y negativo. La dimensión positiva es relevante porque afirmaría una cierta valoración del loco, que revela, como Cristo, un sentido. Sin embargo, desde su definición negativa es también posible observar que la locura aún es capaz de afirmar algo. Tomando el concepto de Bataille, sobre la *representación vicaria*⁶, comprendemos que la definición de la locura como un castigo divino le da ya un rol social fundamental, pues al encarnar el loco la caída de los hombres, libera de ello al resto de la sociedad; casi analogable a lo que Cristo logra con su sacrificio en la cruz.

En un segundo nivel, la locura, asociada a la imprudencia, se articula también como una posibilidad de transgresión y crítica. No es simplemente la extensión del vocablo a individuos que podrían catalogarse como locos (la figura de santos como San Francisco, por ejemplo) sino que además ciertos personajes se identifican consciente y voluntariamente con ellos para representar algo. Es aquí que aparecen los locos de corte del siglo XIV⁷, que toman las características de esa condición y desde ella realizan sus actividades. Y junto a ellos surgen también las fiestas de locos, celebraciones populares en las que se invertían por completo las jerarquías, en una especie de mundo al revés que tomaba la forma de un *desahogo colectivo*⁸. Sus protagonistas, no eran los grupos que encabezaban la sociedad en su tiempo y orden normales. Niños, débiles, marginales, son los líderes de estas celebraciones, y el loco no es más que la radicalización de esa categoría. Estas dos figuras muestran el reconocimiento por parte de la sociedad de una eficacia simbólica que tiene el loco para representar no sólo una crítica sino también la afirmación de una posibilidad de rumbo diferente, al interior mismo de un mundo medieval considerado, tan a menudo, profundamente rígido. Esta valoración es la que nos permite dar el paso hacia el análisis de la fuente que guía nuestra investigación. Los autores a quienes aquí seguimos abordan “La nave de los locos” de Brant, destacando su influencia en el imaginario medieval y en la difusión de una construcción literaria que revela una concepción particular de mundo.

⁵ *Ibíd.*

⁶ Cfr., Georges Bataille, *La parte maldita: precedida por la noción de gasto*. Barcelona, ICARIA, 1987.

⁷ Jacques Heers, *Op. Cit.*, p. 134.

⁸ Emilio Mitre, *Op. Cit.*, p. 77.

Pasando ahora a la fuente misma, es necesario mencionar que, desde Foucault, lo que intentamos observar históricamente en la nave de Brant fue la relación entre una locura aparentemente *humana* y su ubicación en un lugar de tránsito que realza la condición de posibilidad de caer en esa locura; la metáfora del hombre y la movilidad del barco que tripula, pues pareciera que es esa conjugación la que le da todo su sentido.

Un primer elemento es que en ella aparece la humanidad toda. El texto se articula en imágenes que retratan los pecados y vicios de los hombres que viajan en el barco de los necios. Así, a primera vista, habría que evitar la locura y exiliarla del mundo, para librar a la sociedad de tanta falsedad⁹. Sin embargo, junto a esta lectura, aparece una valoración implícita de la locura, pues en el análisis de Brant, nadie puede escapar a ella¹⁰. Para condena y enmienda dice en su prólogo, pero al mismo tiempo, se dirige a la necesidad de todos los hombres¹¹.

Aparece luego un segundo elemento; la locura como espejo¹². ¿Qué podría expresar mejor que esta imagen la valoración de la locura, reconocida no sólo como ausencia *de* sino también como un símbolo donde algo nuevo se *revela*? El barco de Brant es un espejo de reconocimiento, donde el hombre razonable puede verse a sí mismo en el loco. Así, algo de locura, aunque sea potencial, hay también en él. Pero esto es más radical aún, pues algo tiene el loco que no el hombre, y por eso mismo es que tiene sentido reconocerse en él, pues, como se dijo, algo original revela. Es lo que Heers plantea acerca de la angustia que el demente provoca en el sano, *angustia por tener ese acceso vedado*¹³. Pues para el hombre medieval el loco está ubicado entre dos mundos, en un umbral que lo vuelve posibilidad de otorgar sentido. Y es que además, esos dos mundos eran una experiencia tan real durante la Edad Media, donde existía la conciencia permanente de que la vida terrena no era más que una versión limitada de aquella celestial¹⁴.

⁹ Sebastián Brant, *Op. Cit.*, p. 67.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 65.

¹¹ *Ibíd.*, p. 166.

¹² *Ibíd.*, p. 67.

¹³ Jacques Heers, *Op. Cit.*, p. 123.

¹⁴ Sebastián Brant, *Op. Cit.*, p. 262.

Pero, ¿qué sentido entrega el loco? Dice Brant: “aquí [en esta nave] se encuentra todo el devenir del mundo”¹⁵. Al parecer, si conjugamos la metáfora de la humanidad que tripula la nave con esta última afirmación, podemos ver que al escoger el autor a la locura, está diciendo que es desde esa imagen que puede verse el destino de los hombres. Más aún cuando vemos que quien escribe, se autodefine a su vez como un loco¹⁶. Se cumple así en Brant la tesis de los tres autores que aquí seguimos, en la que la locura aparece pronto en la época tardomedieval como una posibilidad de crítica. Es complejo identificar esto pues todo el tiempo nos parece que Brant no hace más que afirmar su desprecio por tal necesidad. Sin embargo, el hecho de que sea el loco el mecanismo de crítica hace que este adquiera todo su sentido. Pues si no, ¿por qué es él el escogido en esta obra para representar una alternativa al orden normal de las cosas? Brant, además, no sólo sube a los hombres a una nave de locos sino que los viste con todo un ropaje que configuró un imaginario ampliamente difundido en la época que estudiamos¹⁷. Todos los hombres vestidos de locos en una nave que los lleva al país de los necios. Y cuando vemos toda esta delimitación simbólica, es que podemos decir que la locura es, efectivamente, una *representación vicaria*. Desde la lógica sacrificial, el loco establece una relación analógica con el hombre, una mediación simbólica en la que, renunciando a la *razonabilidad*, se puede convertir en referencia a otra cosa, en este caso, a una posibilidad de sentido alternativa.

Otro elemento es la *movilidad*, que nos permite acercarnos al análisis de la analogía entre viaje y locura planteada al comienzo. Los locos de Brant no sólo son una metáfora de los hombres sino que además tripulan un barco. ¿Por qué no bastó con encerrarlos en un lugar simplemente? Dice Foucault que *los locos de entonces vivían ordinariamente una existencia errante*. Brant no ubicó a sus locos en un escenario estático, sino que los puso en el medio del mar. Un mar por lo demás, altamente simbólico, en una época en que la precariedad del material de los navíos y el desconocimiento de las rutas hacía de los viajes marítimos algo azaroso, misterioso, y quizás, por lo mismo, trascendental¹⁸. Pareciera que en este periodo cada acción tiene su analogía, en la que necesariamente cada acto humano

¹⁵ *Ibíd.*, p. 67.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 335-336.

¹⁷ Jacques Heers, *Op. Cit.*, p. 133.

¹⁸ Sebastián Brant, *Op. Cit.*, p. 325.

tiene una contraparte trascendente. El viaje en el mar, adquiere así un sentido límite, se pone ahí algo en juego, en un océano peligroso y en una nave que radicaliza la representación del destino. Dice así Foucault, *que las naves de locos eran navíos altamente simbólicos, que conducían locos en busca de razón*¹⁹.

A la movilidad se suma el problema de la finalidad o dirección de la nave. El barco de nuestro autor, que navegaba a la deriva, aparece luego con un destino, al menos implícito. Uno podría ser Narragonia, el país de los locos. Pero luego se vuelve ambiguo, y al no saber a dónde llegar, remite a la sabiduría. “*Nuestro viaje no tiene final, pues nadie sabe dónde debemos llegar; y no tenemos descanso ni de día ni de noche, nadie de nosotros presta atención a la sabiduría*”²⁰. Una mirada desalentada pero consciente de que hay un lugar al que deberían llegar. La dirección de ese barco de exiliados no es así sólo hacia el país de los necios ni a la deriva. Pues no olvidemos nunca que esos necios son los hombres, y la condición de éstos parece siempre más similar a la imagen de una encrucijada que de una alternativa única. Por eso van en un barco, no porque haya que exiliarlos sino porque el hombre está así ubicado en el mundo. Es un *viaje que no tiene final*, el viaje del ser humano, del *homo viator* que está siempre en busca de su destino, desconocido e inmenso. La locura de Brant se vuelve, así, ambigua; como dice Foucault, la barca refleja una inquietud, y el loco una amenaza ridícula. Ridiculez que quiere expulsar, pero al hacerlo, paradójicamente, sube al barco a todos los hombres. ¿Quién queda entonces en el mundo? Es así, que si todos tripulan la nave, necesariamente tiene que aparecer una dirección. Difícil, pocos llegan, pero el mismo hecho de que esos hombres-locos estén en un barco, abre la alternativa potencial para dirigirse hacia ella, cuando tomen conciencia de esa precariedad por la que Brant tanto se afana en evidenciar. Y por eso nuestro autor enfrenta al hombre con el loco; los sube a esta nave, donde se miran al espejo, y descubren cuál es su destino. El viaje es para descubrir quiénes son; una encrucijada, una *posibilidad radical*, hacia Narragonia o hacia la sabiduría.

Podemos decir así, finalizando, que el loco vive en la Baja Edad Media un tipo de exclusión, sin embargo, abierta. Y lo que hace Brant con los hombres, es lo mismo. Haya

¹⁹ Michel Foucault, *Op. Cit.*, p. 23.

²⁰ Sebastián Brant, *Op. Cit.*, p. 321.

existido o no esta nave, los locos medievales no vivieron el encierro de los siglos posteriores. Tenían una movilidad de base que es la que hace posible reconocer una determinada valoración, que llega a la radicalidad de parangonarse con los seres humanos. ¿Cómo no ver una afirmación de la locura en el periodo aquí abordado, si en la obra de Brant, en las fiestas carnavalescas, y en los locos de corte, ésta es analogada con el hombre? El agua y la locura unidos, la exclusión abierta del loco, que en la nave de Brant se vuelve metáfora para representar al hombre enfrentado a su inmensidad, en medio del mar que no es otra cosa que su ubicación en el mundo. Locura y viaje quedan así enteramente analogados, respondiendo con ello a nuestra pregunta inicial. En la afirmación medieval de la locura, como otorgante de sentido alternativa, se articula una crítica a la misma sociedad. El loco se vuelve espejo del hombre; situado entre dos mundos, como un puente, en que al tiempo que pone en jaque al hombre al revelar su precariedad, le muestra una posibilidad de sentido. Así, la analogía de la nave de Brant es portadora de una eficacia simbólica en la que el viaje se articula como una forma de situarse en el mundo, como si el hombre medieval se ubicara en la realidad como un viajero. Y la relación analógica con la locura es la radicalización de esa característica del viaje; en el loco navegante se materializa la eficacia que conduce y encamina hacia la razón. Si, como dijimos, los hombres-locos de Brant se han alejado de la verdad, la nave los puede exiliar, pero les da también la oportunidad de encontrar su destino, reconociendo y asumiendo aquello que verdaderamente son.